



Cultura Obrera



EDUCACION ORGANIZACION EMANCIPACION

Portavoz de los Obreros Industriales del Mundo

Published every Saturday at 119 Charlton St., New York, N. Y. by Círculo de Estudios Sociales

Editor P. ESTEVE Manager ALF. RODRIGUEZ
119 Charlton St. New York City

VOL. II. NUM. 62.
New York, N. Y. 28 May 1914

One Year \$ 2.00
25 Copies \$ 0.50
Single Copie \$ 0.05

ENTERED AS SECOND-CLASS MATTER APRIL 11, 1914 AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, N. Y., UNDER THE ACT OF MARCH 3, 1879

IMPORTANTE

De ahora en adelante dirijase toda la correspondencia y cambios a

CULTURA OBRERA

119 Charlton St.

NEW YORK, N. Y.

¡Despierta, trabajador, despierta!

No comprendemos de verdad el aletargamiento mundial en que está sumida la clase trabajadora. Ni un chispazo de energía surge de lugar alguno. Parece como que hayan sido domados los ánimos, entumecidas las mentes, atados los brazos. La propaganda es débil, la agitación insignificante, la acción infima. La audaz y denodada defensa de los huelguistas del Colorado, por un momento ensanchó los corazones, estimuló los entusiasmos, hizo revivir esperanzas..... que secaron en flor quemadas por la escaracha legalista.

¿Es que los capitalistas son menos avaros, más complacientes, menos ladrones? ¿Es que los gobiernos se han hablado, no abusan tanto, o dejaron de tiranizar? ¿Los sacerdotes de la mentira, los periodistas y mentidos educadores y redentores abjuraron de sus engaños? ¿Han los científicos mostrado siquiera ganas de aplicar en beneficio de todos los dones de la ciencia? ¿Los poetas, los artistas ofrenden sus númenes a los desheredados? ¿Hay, al menos, abundancia de trabajo, reina paz en el mundo, los humanos seres van desenvolviendo integral y libremente sus cualidades?

¡Ah, no, no; sucede todo lo contrario! Jamás los capitalistas han sido más codiciosos, los gobernantes más descarados, los «moralistas» más sinvergüenzas, los científicos más insensibles y los poetas y los artistas más mercenarios. La crisis de trabajo es universal, se destrazan en guerras hombres de casi todas las demarcaciones del planeta, y las razas, cohibidas en su natural desarrollo, en vez de evolver, tienden a degenerar.

¿Cómo, pues, no se oye perennemente una protesta airada doquier? ¿Qué tiene a los hombres indiferentemente encorvados y sujetos despóticamente a los diversos yugos de los privilegiados? ¿Cuál fuerza mágica les hace todavía tirar bestialmente del carro triturador que los aniquila y mata?

Una fantasmagoría, la más páfida de las ilusiones, el mayor y más falaz espejismo jamás producido: la creencia inculcada a los trabajadores de que son libres, de que son ellos los que dan la norma al mundo, que si mejor no están es porque no da más de sí la naturaleza de los hombres y las cosas. ¡Despierta, trabajador, despierta!

Tú no eres libre, ni lo serás en tanto no sea puesta en común la tierra, los instrumentos del trabajo, toda la social riqueza.

Tú seguirás siendo comandado, obligado a seguir las reglas que otros determinen, en tanto fies a otros lo que jamás debes encomendar a nadie: promulgar leyes.

Tú estarás mal, en tanto creas que no es posible que los hombres se entiendan placenteramente sin imposiciones de ningún género para combinar las cosas del mejor modo posible en bien de todos.

¡Despierta, trabajador, despierta!

En vez de ir a pelear a Libia, a Marruecos, a Méjico, en Albania, sublévate contra los que te ordenan matar a quienes ningún daño te han hecho ni siquiera conoces; en vez de elegir mandones, rebélate contra toda imposición; en vez de trabajar para tí. No quieras ser más mandado, explotado y engañado.

¡Despierta, trabajador, despierta, que de tu despertar surgirá el bienestar, la libertad, el amor para todos!

Hay que revolver el mar de las injusticias para hundir en él a todos los parásitos, a todos los mandones, a todos los explotadores, para acabar con la miseria, la opresión y la falsedad. Y si no lo hacemos los trabajadores, no lo harán las demás clases, más o menos privilegiadas. El avance de la humanidad depende de la actividad revolucionaria de las desheredados de la fortuna acumulada por las pasadas y actuales generaciones. ¡Despierta, pues, trabajador, despierta si no quieres verte agobiado siempre por el peso de todas las aberraciones humanas!

¡Canallas, Bandidos, Asesinos!

Los chacales del Texas acaban de demostrar al mundo a que grado de civilización han llegado los pretendidos hombres superiores. Ayer 11 de Mayo, a las 12 del día, más o menos, cometiéndose un crimen horroroso que avergonzaría a las hienas si pudieran raciocinar como los hombres.

El niño León Cárdenas Martínez, fué ahorcado en uno de los pueblos pertenecientes al bárbaro estado de Texas, por orden y disposición de los bandidos representantes del tirano gobierno, más sanguinarios que Nerón. La víctima sólo contaba 17 años; y cuando fué inculinado no había cumplido 15.

No es mi intención protestar ahora, después de consumada la infamia, pues esto me grangearía (y con razón) el que se me aplicara el proverbio que dice: después que el niño se ha ahogado se procede a tapar el pozo. Sólo quiero desahogar mi corazón del odio y desprecio que siento hacia esos verdugos infames, cuyos nombres estampo aquí para que el pueblo los guarde en su memoria y no se olvide de ellos cuando se cense de ser bestia de carga y decida convertirse en rebelde a la injusticia social: Wilson, presidente de los Estados Unidos de América; Oscar B. Colquitt, gobernador del salvaje estado de Texas, y W. Maxey, el juez que proclamó la sentencia inicua contra nuestro compañero Cárdenas Martínez.

He ahí los nombres de tres monstruos que, pudiendo evitarlo, dejaron arrebatar la vida a un inocente niño sin importarles un bledo las lágrimas de una madre suplicante y llorosa, ni las protestas de miles de trabajadores para que se suspendiera ese atentado. La madre de la víctima está al borde del sepulcro, y si, por desgracia, muere quedarán huérfanos otros inocentes, que tendrán que sufrir las amargas consecuencias de un crimen perpetrado a la sombra de la asquerosa ley y de un gobierno representado por canibales y salvajes que se dicen civilizados. ¡Recibid mi anatema odiosos tiranos, y tened presente que no tardaréis mucho sin dar cuenta al pueblo de vuestros crímenes y maldades! ¡El espectro aterrador de vuestro crimen os perseguirá noche y día, mientras la justicia proletaria se abre paso para castigaros como merecéis!

¡Maldita sociedad, yo te desprecio!

Francisco J. Mendoza.

GIROS DEL IDIOMA

CRONIQUELLA

Se afana Vd. en aprender de idiomas un monumento y cuando llega el momento no lo saben comprender.

No hay como vivir para ver; no hay como correr un poco el Mundo, para poder apreciar hasta donde llega el poder constructivo de la «lógica» humana.

Vean ustedes sino como yo, al casi doblar la mitad de mi vida, me encuentro con que una palabra tan vieja y que yo creía tener tan conocida, como esta de «benefactor», tiene aquí en esta América de las grandes sorpresas, un significado no ya diferente, sino completamente opuesto al que hasta ahora él diccionario le daba.

Benefactor, es el que hace bien; es decir el que nos proporciona alguna alegría, el que nos presta ayuda..... pero esto en otras partes.

Aquí, se da el calificativo de «bondadoso benefactor», a tal señor que vive, panza en redondo y mano sobre mano, de importar infelices extranjeros a los que, so pretexto de su desconocimiento del idioma, les proporciona trabajos que nadie quiere, por salarios de hambre, con los cuales cobra él lo que le da gana por la comisión de su honroso tráfico; a tal otro que vive en conturbenio con toda clase de «foafes» para asegurar su casa de juego contra probables reclamaciones de infelices desplumados; al de más allá que explota con cinismo de usurero infelices muchachas en una extenuadora labor. ¿Y por qué este equivoco monstruoso? ¿Por qué este incomprensible cambio de valores?

Lo he preguntado a un pobre hombre sucio de ropa, el cual no ha hecho sino cantarme excelencias de un señor que le cobra un peso diario por una comida que parece rancho y una cama que parece de cuartel; un señor muy bueno, que pronto le mandará quien sabe donde, a ganar un «montón» de «dinero», bajo los rayos de un sol abrasador, entre las miasmas de zanjas y canales.

Os aseguro que estoy desorientado; no le preguntaré a más ninguno, y desde ahora tendré mucho cuidado con las palabras: tal como se modifica aquí el idioma, no es difícil que «hombre honrado» sea un insulto.

JORGE GALLART.

Generalmente el arte de gobernar consiste en quitar todo el dinero posible a gran parte de los ciudadanos, para dárselo a otra parte de ellos.—VOLTAIRE.

Problemas Interesantes

El Suicidio

ESTUDIO SOCIAL

Se ha dado en decir que el suicidio es un hecho delictivo, pecaminoso y que, por tanto, se hallarán en los infiernos las «almas» de todos los «grandes» suicidas; desde el príncipe heredero de la corona de Austria, hasta Morral y el «quitador» de Canalejas, etc. Ya veremos.

Ante todo, hemos de hacer constar que, el mayor mal que puede sobrevenir a un sér viviente, consiste en perder su vida.

Porque todo puede tener remedio, menos la muerte.

En la alternativa de satisfacciones y sufrimientos que se observa en la vida humana, que forman la cadena o la urdimbre de la vida, suele subseguir a un dolor una mejoría, a un disgusto un contento; por este motivo no se ha de perder nunca la esperanza o confianza en un cambio de fortuna, cuando ésta nos es adversa.

Y tengan todo esto muy presente cuantos se hallaren en potencia de suicidas.

Así como que, cuando la muerte llega, todo se acabó: «nulla est redemptio» el sér se descompone, sus partículas se disgregan, se disuelven antes o después, y sólo queda de lo que fué un sér mortal el recuerdo que los supervivientes guarden del mismo. (A este recuerdo también se le ha llamado espíritu).

Tal lo enseña el racionalismo puro, esto es, exento de fantasmagorías, patrañas y quimeras; racionalismo que, por estar más ajustado a la verdad (siempre amarga), halla menos facilidades de persuadir a los hombres (amantes de lo inconcebible, de lo prodigioso). Porque, ¡qué bonito es eso de pensar que se irá uno luego... a libar miel y leche, a la sombra de árboles pomposos, donde la huris nos esperan para colmarnos de un eternal amor!... (1) Y todo eso es mentira (2). Mas, por mentiras así, sacrifican los mortales su positiva existencial... Pero volvamos a lo del suicidio.

Este, ¿es moral o inmoral? ¿Es lícito o ilícito? Para responder a estas preguntas, habrá necesidad

(1) Véase Las Virgenes Lascivas en la obra Leyendas Divinas.

(2) Es mentira porque para sufrir y gozar, o sea para para recibir impresiones y sensaciones, son precisos los nervios y el cerebro; los cuales dejan de funcionar cuando sobreviene la muerte y empieza la descomposición cadavérica.

(N. del A.)

de atender a las causas, ya predisponentes, ya determinantes, que le originaren y a las circunstancias que les acompañaren.

Ocurre con los suicidas lo que con los homicidas: los hay insensatos, criminales y los hay heroicos.

Un hombre sorprende a otro, le dispara un tiro, y cometió un homicidio; que será infame si no le movió al autor otro motivo, otro sentimiento que el de hacer un mal; o que será disculpable si lo hizo en legítima defensa, o para vengar un grave agravio contra su honor; o que será heroico si lo hizo para libertar a su pueblo de un tirano, o si el muerto era un declarado enemigo del pueblo (como ocurre en las guerras), o si con ello salvó un ideal redentor para la humanidad, etc., o será comprensible y disculpable cuando la causa pudiera tener su justificación, por ejemplo, un cruel padecimiento crónico, u otro patológico, cual ciertas afecciones del estómago, que así hacen sentir hastio hacia los alimentos como hacia la vida, etc., y podrá ser sublime, heroico, cuando el víctima, persona consciente, halla que su muerte pueda beneficiar a otros; por ejemplo, el marido anciano que sacrifica su existencia para que su joven compañera legitime su pasión por otro; el del anciano que halla difícil la existencia, que comprende que no vale la vida lo que cuesta, según Campoamor, y que, si obtiene un pequeño beneficio a costa de impropio trabajo, le resta al joven que podría merecerle mejor, etc. Pero en todos estos casos, se ha cometido un suicidio; uno ha dispuesto de su vida, como Alejandro.

Y ahora surge la cuestión: ¿es lícito disponer de la propia existencia como de cosa propia? La doctrina racionalista, que estima el principio de conservación como una de las principales virtudes, no puede aconsejar en ningún caso el suicidio, pero ha de reconocer el derecho o disponer de lo suyo al poseedor legítimo. El ejus utendi et abutendi, de los romanos, en ningún otro caso puede tener más cabal aplicación que en el relativo a disponer de la existencia propia, que es la más indiscutible propiedad con que el humano cuenta; y máxime considerando que hay ocasiones en que los extraños se creen asistidos del derecho de disponer de la existencia ajena: esas naciones extranjeras que consignan en las Constituciones de sus Estados respectivos el deber de todo ciudadano a servir a la patria con las armas, implícitamente reconocen el derecho de cada uno de estos a disponer de su propia existencia individual; existencia que, por otro lado, bastante garantida está con el instinto de conservación que por naturaleza a todos nos asiste: de aquí los numerosos casos de fugas y deserciones. Para rebelarse contra mencionado instinto, se necesita o padecer de obcecación o insomnio, o poseer un ánimo denodado; por eso que hayamos de protestar de atribuir a cobardía todo acto de suicidio. Batirse uno contra mucho, es una heroicidad; heroicidad que reviste caracteres de un verdadero suicidio.

De manera que estudiado éste bajo el punto de vista económico

o religioso y con relación a aquellas religiones que le consideran de pecado, no obstante predicar a sus fieles o creyentes la guerra llamada «santa»... así como, estudiado bajo el punto de vista civil y con relación a aquellas legislaciones que le consideran delito, no obstante, también, admitir y consagrar el principio de que todo ciudadano venga obligado a servir a su patria con las armas en la mano... vemos que de todo ello parece resultar cierta incongruencia o anomalía como otras muchas que se observan en sociedad, como otros tantos convencionalismos o artificialismos admitidos: por ejemplo, convertir en deber (irrisorio) lo que solamente debe ser un derecho, renunciado como todos los demás, o casi todos; caso que ofrece esa moderna ley del sufragio, en virtud de la cual el elector viene obligado a acudir ante la mesa electoral a votar... en blanco: molestia inútil.

II

Respecto a los fenómenos fisiopsicológicos que acompañan a los diferentes casos de suicidios, es aventurado decir algo; pues ningún suicida volvió a contarlos. Habrá de estos quienes, por temor a un mal menor pero agigantado por la fantasía, incurran en el más grave de todos, en el suicidio, que ya se dijo que valer más el infier-

no que la nada; habrá también quien lo haga en un raptó de ira o de insomnio; y en estos casos obrarán con entera irreflexión o inconsciencia: pero, cuando precede cierto cálculo al hacerlo, como el que trata de evadirse a crónicos crueles padecimientos, etc. indisputablemente que han de sentir aversión, o desapego al menos, por todas las numerosas preocupaciones que al hombre acompañan en su vida normal: la noción de lo bueno y de lo malo, ha de desaparecer por completo de aquel cerebro: la suerte de los sobrevivientes les será indiferente en aquel crítico instante... en fin, serán como rama seca que, despojada de toda savia vital, desprende del árbol de que formaba parte, sin estímulo alguno que al mismo la retenga. Y he aquí por qué resulta pernicioso el suicidio, ya que todo humano constituido en sociedad, debe suyo ser útil a la misma; y he aquí por qué ésta no debe abandonar a los individuos que la integran, y si procurarles, no tan sólo elementos para sobrellevar la vida, sino la dicha, la dicha compatible con la de los demás y hacia el límite de la posibilidad.

Porque no se concibe fieria mayor que el hombre pronto o dispuesto a suicidarse.

Emilio Gante.

MIGUEL BAKUNIN

SUS IDEALES Y TÁCTICAS

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CONGRESO CELEBRADO EN BERNA POR LA LIGA DE LA PAZ Y DE LA LIBERTAD

«Todos nosotros, los que estamos reunidos en este recinto, no somos ni reyes, ni gobiernos, ni tampoco representantes de la burguesía. No tenemos ni tampoco debemos tener interés opuesto al interés de los trabajadores. Estamos reunidos en nombre de la justicia y de la libertad, no para negociar con los trabajadores, ni para engañarlos ni explotarlos, sino para proclamar los principios que por sí solos puedan asegurar la paz, la libertad y el bienestar de los hombres. No les debemos concesiones, sino justicia.... Trabajando para nosotros mismos, queremos, debemos trabajar para ellos y con ellos. Pero para que esta comunidad de pensamiento y de acción sea posible, para que los obreros tengan fe en nuestro trabajo, para que no nos rechacen como aliados hipócritas o como falsos hermanos, debemos probarles que queremos lo que ellos quieren, y que entre su objeto y el nuestro no existe diferencia.

«¿Cuál es su objeto, el pensamiento soberano que domina en el fondo de todas sus aspiraciones actuales? Es la igualdad, no solamente la igualdad política, sino la económica y social....

«Desde que la historia existe, el mundo humano ha sido dividido en dos clases: la inmensa mayoría, encadenada a un trabajo más o menos mecánico, brutal y forzado; millones de trabajadores, eternamente explotados, pasando sus tristes vidas en una miseria vecina del hambre, en la ignorancia y la esclavitud, y condenados por la misma a eterna obediencia; y por otro lado, una minoría más o menos afortunada, instruida, refinada, explotando, dominando, gobernando, consumiendo la mejor parte del trabajo colectivo de las masas populares y representando toda la civilización.»

«La cuestión es, pues, de saber si este estado de cosas, estado de iniquidad y de violencia, de opresión y falsedad, puede durar. Es evidente que no. Hubo una época en que las masas obreras, «engañadas y adormecidas por las promesas religiosas, se resignaban; en que llenas de fe y de supersticioso respeto por la sabiduría y virtud de las clases privilegiadas, servían de instrumento poderoso, pero ciego, a la política de la aristocracia primero y después a la de la burguesía. Pero una vez que la experiencia les ha demostrado que la polí-

tica de todas estas clases privilegiadas viene en detrimento de los clases populares; de lo que resulta; que estos millones de obreros que por todas partes se asocian, constituyendo hoy la más grande potencia de Europa, han perdido primero toda fe en la política de la Iglesia, y después también en la de la burguesía.»

«Ciudadanos: para cualquiera que sepa ver, es evidente que desde el momento que los obreros de Europa se han unido a través de las fronteras artificiales de los Estados por medio de esa gran Asociación Internacional de Trabajadores, es evidente, digo, que se han decidido a tomar la política en sus propias manos, a hacer su política propia, es decir, la política de la emancipación del trabajo del pesado y odioso yugo del capital. Toda otra política les es extraña; porque cualquier otra es contraria a sus intereses, que no son otros que la Emancipación económica, radical y completa de los trabajadores.»

«¿Cómo entienden los obreros esta emancipación?... Quieren la igualdad, nada más que la igualdad: la igualdad, no solamente política, sino económica y social. Están cansados de servir, y quieren también gozar, no del fruto del trabajo de los otros, como lo han hecho siempre y continúan haciéndolo las clases privilegiadas, sino del producto entero de su propio trabajo, sin deber sacrificar su mejor parte al privilegio y al Estado....

«Ellos no quieren que el mundo sea dividido, como hasta aquí, en dos clases: una explotadora y dominante, y la otra siempre explotada y esclava.... Quieren que haya una sola sociedad, basada sobre la justicia y el trabajo, ofreciendo a todos la igualdad de educación y de instrucción, los mismos medios de trabajo, e imponiendo, no por leyes, sino por la naturaleza misma de su organización, a cada uno la obligación igual de trabajar intelectual y corporalmente.»

«He aquí, ciudadanos, lo que quieren hoy los trabajadores en Europa. En presencia de esta voluntad tan poderosa y ostensible, nosotros debemos preguntarnos, nosotros, Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad, si queremos lo mismo.

«Queremos como ellos, con ellos, francamente, la igualdad económica y social, o bien lo que en el lenguaje del socialismo burgués se llama el mejoramiento de la

condición de los obreros?—Y digámoslo bien, ciudadanos, sí, por desdicha nuestra, no somos más que socialistas burgueses; si, incapaces, sea a causa de nuestros intereses, sea a causa de nuestras preocupaciones, de abrazar de buena fe y en todas sus consecuencias y aplicaciones teóricas y prácticas, el principio de justicia representado hoy por esta guerra del trabajo contra el capital; si vamos, como comerciantes de mala fe, a vender parcelas de esta justicia a los trabajadores, ellos ni quedarán nuestra mercancía ni a nosotros; tendrán mil veces razón en rechazarlos; y nosotros no encontraremos soldados para nuestro Ejército de la Paz, y toda la obra que hemos emprendido perecerá, falta de poderío y de apoyo.

«Porque pido la igualdad económica y social de las clases y de los individuos, porque, con el Congreso de trabajadores de Bruselas, me he declarado partidario de la propiedad colectiva, se me ha tildado de comunista.... (1). Yo detesto el comunismo, porque es la negación de la libertad, y yo no puedo concebir nada humano sin libertad. Yo no soy comunista, porque el comunismo concentra y absorbe todas las potencias de la sociedad en el Estado, porque conduce necesariamente a la centralización de la propiedad en el Estado, mientras que yo quiero la abolición del Estado, la extirpación radical de este principio de la autoridad y de la tutela del Estado, que bajo el pretexto de moralizar y civilizar a los hombres, les tiene hasta hoy avasallados, oprimidos, explotados y deprimidos. Yo quiero la organización de la sociedad y de la propiedad colectiva o social de abajo arriba, por el voto de la libre asociación, y no de arriba abajo por el medio de cualquier autoridad que sea. Quiriendo la abolición del Estado, quiero la abolición de la propiedad individualmente hereditaria, que no es más que una institución del Estado, nada más que una consecuencia del principio mismo del Estado. He aquí en qué sentido, ciudadanos, soy colectivista y no comunista.»

«No a la ligera, ni bajo la inspiración de un sentimiento caprichoso y frívolo, venimos aquí a combatir la religión. Lo hacemos en nombre de la moral, de la justicia y de la humanidad, cuyo triunfo sobre la tierra será imposible mientras ésta esté aterrorizada y gobernada por los fantasmas religiosos....»

«Tengamos el valor de ser lógicos y sinceros, y no vacilemos en proclamar que la existencia de Dios es incompatible con la dicha, con la dignidad, con la inteligencia, con la moral y con la libertad de los hombres. Si Dios existe, mi inteligencia, tan grande como pueda ser; mi voluntad, tan enérgica como pueda concebirse, son nulas ante la voluntad y la inteligencia divinas. Ante Dios mi verdad es una mentira, mi voluntad es impotente y mi libertad una rebeldía contra él. El o yo; si existe, yo debo anularme; si se digna enviarme profetas para manifestarme su divina verdad, siempre incomprensible a mi inteligencia; sacerdotes para dirigir mi conciencia, incapaces de concebir el bien; reyes ungidos por su mano para gobernar y verdugos para corregirme, yo les debo una obediencia de esclavo. Pues quien quiere Dios, quiere la esclavitud de los hombres. Dios o la indignidad del hombre, o bien la libertad del hombre y la anulación del fantasma divino. Este es el dilema; no hay término medio; escoged.»

«También nosotros estamos profundamente convencidos de la necesidad de una amplia instrucción popular. También creemos que la ciencia con todas sus alturas y todas sus profundidades, debe estar abierta y ser accesible al pueblo. Pero para que el pueblo se instruya, es forzoso que tenga tiempo y medios de estudiar; es preciso que pueda alimentarse él y sus hijos durante el tiempo que duren sus estudios. Y esto solo, ciudadanos, implica la necesidad de una transformación radical en la organización económica actual de la sociedad.»

«.... Para destruir la religión, para disipar, para desvanecer todos los fantasmas divinos que nos hacen tan esclavos, tan feroces y tan miserables, la sola propaganda intelectual no basta. Es necesario la revolución social.»

(1) La concepción del comunismo en aquellos tiempos era la autoritaria de Marx. A ella se refiere Bakunin. El comunismo-anarquista ha sido una nueva concepción, emanada de los estudios efectuados por los mismos anarquistas, colaboradores y continuadores de la labor libertaria emancipadora de Bakunin.—N. DE R.

¡OH, LA JUSTICIA!

Para que se vea como obra la justicia, reproducimos el artículo que desde la cárcel nos manda nuestro querido compañero Woolman. Ya en el pasado número dimos nuestra opinión, que el artículo de Woolman viene a corroborar. Dice:

«El magistrado Campbell me sentenció hoy a seis meses de trabajos forzados en Blackwells Island por haber intentado leer en alta voz en la iglesia bautista de la Trinidad de John D. Rockefeller el versículo 24 del cap. XIX de Mateo.

La potencia del versículo tiene algo que ver con lo fuerte de la sentencia. Dice: «Y nuevamente os digo que será más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, que un rico entre por las puertas del cielo.»

Yo vi cuan «fácil» era, cuando Luis Herman se apropió por sí mismo el derecho de la Corte de castigarme, echándome al suelo con un sordo pufetazo en la oreja. No contento con haberme dañado, Luis quiso demostrar su «habilidad» pugilista sobre mi cuerpo, por la cual alcanzó notoriedad en la prensa el siguiente día. Con intención de proteger mi cráneo, púsemelas manos en la cabeza, lo que no evitó que siguiera dándome golpes en ella y en el cuerpo. Un portero corrió en ayuda de Luis, dando una exhibición de su «músculo cristianidad» (cito del editorial del Times del 11 de Mayo).

Y a no ser por la defensa que me hizo mi compañera, agarrándole los brazos y gritando incesantemente: «No le den; no le peguen», creo que hubiera recibido una peor lección de la que dieron a Joe O'Carroll y Arturo Caron en Union Square.

Fué echado como un bulto a la acera de la anticristiana iglesia, cayendo en ella de manos y rodillas. Perdí un libro de apuntes, que no quisieron recoger los policías cuando se lo advertí. Al levantarme del suelo me arrancaron tres botones del chaleco.

La Corte no permitió en el juicio oral el careo que yo pedí con Luis Herman para que quedaran probados estos hechos, tratando de ridiculizarme el magistrado Campbell diciendo que trataba de hacer ostensión de mi chaleco sin botones.

Toda la acusación que contra mí pudieron presentar, probablemente maquinada por el detective Gegan, el cual vi yo paseando arriba y abajo de la Avenida con el sicario Luis, pues antes del juicio oral, fué esta testimoniada por Luis:

«El (Woolman) se levantó a ser echado en el suelo Bouck White, diciendo «Déjenlo; déjenlo hablar.» Dijo esto gritando. Fuf donde estaba él un portero y le dijo: «Haga el favor de sentarse y estar quietos» pero él continuó gritando: «Déjenlo; déjenlo hablar.» Entonces yo me dirigí a él y le dije: «Soy un agente de la autoridad y el mejor consejo que puedo darle es que se sienta y esté quieto. No haga escándalo.» Y él me contestó: «Vine aquí para hacer escándalo». Le respondí: «Si viene para producir escándalo tendré que arrestarlo.» Entonces comenzó a luchar. Fue necesaria la ayuda de dos agentes, un portero, además de mí, para poder ponerlo fuera de la iglesia. Detuve a su esposa, porque ella también gritaba: «Déjenlo; déjenlo hablar.» y producía escándalo dentro la iglesia.»

La verdad es que María no fué echada por ningún agente en tanto yo estaba fuera de la iglesia con los demás arrestados. Se le amenazó que se le arrestaría si no se iba, y como ella le desafió a que la arrestaran, así lo hicieron. Luis Herman no estaba siquiera allí en aquel momento.

El magistrado Campbell se complació malamente refiriendo mi actividad entre los I. W. W., y repitiendo la falsedad que yo vivía de mi esposa, cuando María Goyol y yo habíamos ya explicado que ambos teníamos dinero propio, en prueba de lo cual podíamos presentar nuestros libros del Banco. Ella tenía que trabajar para mantener a su madre.

Me resulta muy claro que he sido sentenciado por mis «actividades pasadas», durante las cuales no tuvieron ocasión de crucificarme. Es opinión mía que estaba sentenciado a seis meses anticipadamente y que esperan solo la oportunidad para poder descargar sobre mí la sentencia. La prueba palpable está en el modo de obrar del empleado encargado de indagar mis antecedentes. Le dije, por ejemplo, que había sido encerrado dos días por haber preguntado el nombre a un detenido. El leyó que no había tenido tiempo de mirar mis antecedentes en los anales de la poli-

